

EL SECRETO

Cuando Alonso Quijano, en las noches monótonas de invierno, tomaba en su aposento una copa de brandy de Jerez, veía girar los libros como aspas, sentía que se inclinaban frente al brillo de la vela, eran ejércitos, rebaños o trazaban la silueta ilógica de un monte. Un sueño le contristaba el pecho. Y fatalmente, nuestro hidalgo, pese a su proverbial discreción y timidez, no supo guardar el secreto: sin embargo, con qué astucia lo disimuló. Bajo falsa identidad, nueva figura y atrevida fantasía, convenció a su vecino, un gordo aldeano idealista y bonachón, a servirle de escudero; instigó a un recluso, don Miguel de Cervantes, a ofrecerle la coartada; demostró a los siglos que la batalla librada con el tiempo no es mentira. Aun así, Alonso Quijano vaciló, en tanto que sus dedos macilentos hilaban su destino; gritó un nombre que no quiero recordar y levantó la copa.

Marco Perilli